

Raimundo acosado

Eloy López Gurría
Socio de AMUEZ



Raimundo Corella Zorzano salió de su casa una mañana gris del mes de marzo, cuando las primeras luces del día se asomaban entre las verdes azuladas crestas de las sierras que envolvían el pequeño villorrio minero, donde había vivido siempre: él desde hacía treinta y un años y su familia desde que la memoria daba de sí. Ninguno de su familia, desde un antecesor lejano, había sido minero, a pesar de que la mayoría de los habitantes del lugar se dedicaban a remover las montañas para extraer el sulfato de bario abundante en la zona. Raimundo era ganadero, soltero, rico y de una timidez casi enfermiza; poco agradado en lo físico y no muy cultivado en lo intelectual. El parecido físico con su difunto padre era tan notorio que cuando, Raimundo, se miraba en el espejo exclamaba sorprendido ¡¡padre!! Como si una aparición se reflejara en el pulido cristal. La noche anterior, su sueño fue liviano: había dormido mal atendiendo a los caprichos de su anciana madre, pues tan pronto se quejaba de los ruidos en sus oídos que, de manera constante y acompasada, le atravesaban el cerebro, como se enredaba en pesadillas que le remitían nostálgicos recuerdos de un pasado disperso; y cuando, por fin, su madre desistió de intentar adormecerse y se sumergió en la vigilia, su percepción fue tan sumamente cargante que se pasó toda ella, hasta que decidió salir de la cama, machacando como siempre la misma cantinela de que su hijo debía tener mujer antes de que ella se fuera, so pena de que el retoño se quedara solo y desamparado.

(Un tatarabuelo por parte de madre, originario de la saga, hombre inquieto y rebeldón, maestro nacional impaciente, de culo mal asentado, recaló antaño por este pueblo con la intención de administrar una concesión minera de barita totalmente agotada. Se arruinó en el empeño, pero pudo solucionar su porvenir casándose con una muchacha del pueblo con bastantes posibles campestres; y allí cambió la enseñanza por la agricultura, olvidando, a la par, sus veleidades mineras.

La madre de Raimundo, descendiente del maestro y la terrateniente, había enviudado a mediana edad, tras vivir un apasionado amor conyugal con un foráneo, sin atractivo aparente, que apareció por el pueblo con apenas nada que llevarse a la boca, pero que resultó ser un hábil organizador agrícola y ganadero. Después de años de soledad, aún seguía enamorada de su difunto marido y, al parecer, le pedía consejo y anuencia en cuestiones cruciales. Se comentaba que, en ocasiones, la esposa aún lo jaleaba por los pasillos de la casa como en los tiempos felices de su matrimonio).



Al cruzar el umbral de la puerta, Raimundo Corella Zorzano, se percató que en el enrejado de la misma había una carta dirigida a él. Sorprendido, tomó el sobre con gran curiosidad y comprobó que no llevaba remite alguno, lo abrió y empezó a leer el texto. Su menguada formación le hacía leer despacio, meneando los labios y moviendo la cabeza siguiendo el curso de las líneas, desgranando lentamente las palabras para no perder ni una pizca de su entendimiento. Leyó cada vez más asombrado el contenido que las palabras encerraban y tuvo que repasar varias veces cada párrafo para estar seguro de haber captado su intención. La carta venía firmada por María Pilar, una muchacha bonita y de buena familia, en la que nunca había percibido muestra alguna de interés hacia su persona. El contenido: una serie de halagos, lisonjas y zalamerías que a cualquier hombre le hubieran hecho chiribitas los ojos y regalado los oídos, abierto el cielo y alumbrado el velado sol; pero, Raimundo, solo se sorprendió, pues sus apetencias no confluían por ese camino, aunque se sintió halagado en su vanidad. Poco tardó el hombre en dejar de saborear semejante néctar, pues una sombra más negra que el nublado cielo se posó sobre su confusa mente. Aquello no era fiable.

Con una suerte no buscada, a la mañana siguiente, se cruzó con la fogosa hembra de cabellos oscuros y ojos esmeraldinos; recibió un ¡hola! nunca escuchado y un expresivo saludo jamás esperado. Muy a su pesar, Raimundo se puso dulzón, blanducho como goma de mascar y su cuerpo vibró como una campanilla sacramental. Se dio cuenta, por primera vez, que la pasión tenía ojos verdes. Repuesto de semejante impresión pensó: “a qué viene esto, esta muchacha se volvió loca o me quiere cazar como a un macho de perdiz en celo”. Solo lo pensó. No dijo nada, salvo un tímido ¡hola pues! Y partió a buen paso en sentido contrario. Aún se atrevió a volver la vista para ver a la moza desde otro ángulo, pero la muchacha había desaparecido. Este fugaz encuentro siguió saboreándolo entre la nebulosa de balidos de sus corrales, acariciando el pelo lacio e hirsuto de su mejor

amiga Manuela, la cariñosa cabra que aliviaba sus soledades con su inseparable compañía.

Casi como de una urgencia apremiante se tratara, la muchacha siguió dejándose ver, así como por sorpresa, por los lugares más inesperados donde sabía, con toda seguridad, que se encontraba Raimundo Corella. El muchacho, cada vez más galante, intercambiaba unas palabras temblorosas con ella, pero su timidez no dejaba que sus balbuceos cuajaran en conversación. Con pulso acelerado emprendía una huida sin saber muy bien dónde dirigirse.

El día que la hermosa hembra apareció sin previo aviso, y vestida de manera excesivamente apetitosa, por los corrales en los que Raimundo realizaba su faena, pudo haber sido un momento decisivo para la vida del mozo. Desgraciadamente, las cosas se complicaron de tal manera que acabó todo en un embrollo con catástrofe incluida. Ante semejante sorpresa, tardó bastante tiempo en recobrar su

raciocinio, aunque, sin saber cómo ni por qué, su lívido se disparó como arma de fuego: se le nubló la visión normal de las cosas y solo atendió a la contemplación de la succulenta figura que tenía ante sus ojos. Apenas unos momentos después de exclamar ¡Al diablo los animales!, se abalanzó sobre ella con la única intención de poseerla y culminar tiempos de incertidumbres. La mala suerte se cebó con Raimundo, pues antes de que la pareja cayera abrazada por los suelos, Manuela, la incondicional cabra amiga, le propinó tal topada en el coxis, que dejó fuera de combate al infortunado mozo. Aturdido, desorientado y tremendamente dolorido, tardó mucho tiempo en reaccionar prostrado en el suelo cuan largo era. La muchacha ante tal agresión del animal huyó despavorida y el susto debió de durarle mucho tiempo, pues dejó de acosar a Raimundo y nunca más se supo de aquel fogoso deseo.

Con un regusto a soledad infinita, Raimundo se arrastró como pudo

hasta su casa, donde su madre tardó bastante tiempo en hacerse cargo de la situación, pues en aquel momento estaba ocupada conversando con su difunto marido. Al oír los lamentos del hijo se disculpó con el fallecido y, con una parsimonia atávica, se aprestó a socorrer al muchacho, que tras referir exclusivamente lo referente al golpe de la cabra, hizo exclamar a la madre: “esto ya lo veíamos venir tu difunto padre y yo, con esa manía tuya de confiarte excesivamente en el proceder de los animales”.

Cuando terminó su convalecencia, la madre lo abordó sin contemplaciones y le habló con claridad diáfana: “Perdiste una gran oportunidad, M^a Pilar, esa hermosa muchacha, que hubiera sido la esposa ideal para ti, se ha fugado con el minero que la preñó. Eres un palurdo que no conseguirás nada en la vida”.

En ese momento, Raimundo, comprendió todo lo acaecido y dio gracias a su cabra por salvarlo del oprobio.

